

ECO DEL SEGURA

AÑO. IX.

CIEZA 19 DE OCTUBRE DE 1913.

NÚM. 438.

De la semana

Entusiasmo mayor, y desbordamiento más grande de monarquismo acendrado, tenemos la seguridad de que no dió muestras ningún pueblo de la provincia, ni la capital misma, al paso de S. M. el Rey Don Alfonso XIII, como los de Cieza, en la noche del sábado de la anterior semana.

Desde muchas horas antes a la llegada del tren real, la espaciosa estación de este pueblo, artísticamente engalanada con plantas y flores naturales e iluminada con profusión, estaba completamente ocupada, haciendo, de todo punto imposible el tránsito, a cuantos ansiaban contemplar la distinguida y simpática figura de nuestro valeroso e ilustrado Monarca.

Salientes personalidades de distintos pueblos, autoridades y numerosas comisiones de corporaciones y entidades de esta muy noble y muy leal Villa, ocupaban puesto en el andén; bellísimas y elegantísimas ciezanos, y encantadoras mujeres de otros pueblos, esperan ansiosas la llegada del Rey español. El tren real, verdaderamente majestuoso, aparece a nuestra vista, y avanza con lentitud. La Banda de música lanza al aire las enervantes notas de la Marcha Real; vivas ensordecedores atruenan el espacio, y rodeado de ministros, de palatinos y de altos servidores, aparece sonriente, afable, cariñoso, el Rey demócrata que estrecha la mano del pueblo, sin mirar a quien lo hace; sin temor a que alevosa arma corte el hilo de su preciosa vida. Lo hace confiado, sin estudio y sin recelo; lo hace con humildad. Para todos tiene dulces frases. Está harto, muy harto del eti-

queteo social, del formalismo hipócrita, de las falaces sonrisas y de las palabras insinceras.

Así lo demuestra en su semblante y en su amena charla con el pueblo. Así de manifiesto lo pone, cuando las comisiones, de etiqueta, llegan a él, y tiene que olvidarse de su goce, del goce franco y noble que siente al departir con el pueblo, para adoptar severo ademán, y la obligación de cuadrarse para dirigir el saludo al diputado, al alcalde, a las autoridades, que, con etiqueta lo saludan, sin sentir lo que dicen y sin decir lo que sienten; no en general, pero sí en el noventa por ciento de los que se le acercaron.

El Rey está cansado de oír respetuosos y mal aprendidos discursos. El Rey tiene ansias de escuchar las rudas, pero sinceras y sentidas frases del pueblo. El Rey tiene hartazgo de rudimentarismos y reverencias de salón. El Rey siente grandes deseos de codearse, de identificarse con su pueblo; con ese pueblo que le pintan con tendencias anárquicas, con miras salvajes, con instintos de hiena.

No, y mil veces no. El pueblo es pobre, sí, pero es honrado; es noble; quiere a sus reyes, a sus reyes no se desdoran de estrechar su mano; si sus reyes no lo miran como indigno servidor.

El pueblo español es el más humilde y cariñoso que existe. Y da prueba de ello cuando calla ante los atropellos y las vejaciones que a diario sufre, sin protestar, sin revelarse. El pueblo español ve a su Rey, y enronquece de darle vivas y se rompe las manos en aplaudirlo, y, con el corazón, lo obsequia, lo mina, lo lo agasaja y lo quiere de veras; con toda su alma, sin lisonjas ni adulaciones.

El pueblo español es un niño que necesita caricias, afectos, a-

mor, a la par que severidad paternal para corregirle sus defectos, para enmendarle sus errores

Y nuestro Rey que es afable, que es ilustrado, que es padre, no debe aconsejarse de nadie para educar a sus gobernados, en aquello que sea corrección educativa. No debe consentir nunca que se ejerza tiranía, ni atropellos con ese pueblo que lo venera, como algo superior, como algo muy íntimo, como algo al que se reverencia.

Y el Rey Alfonso XIII es acreedor a ello, por su sencillez, por su corrección, por su educación esmerada, por su talento claro, por su adaptación pronta al ambiente demócrata que se respira y a los tiempos de libertad en que vive.

El Rey, observador se ha convencido por sus propios ojos, de que el pueblo no necesita cadenas, ni horcas, ni cárceles; está seguro que sus regidos necesitan grande sienten de educación; de escuelas, de enseñanzas, de campos en condiciones de cultivo, de ser rico por su trabajo, de gozar de nobles libertades.

Nuestro Rey no es un Rey feudal que cruza con el látigo del desprecio y de la humillación el rostro de sus decididos y prudentes servidores. El Rey entre los suyos, entre los que a diario trata, entre los que lo adulan, no es el Rey, es... uno más, dentro de las condiciones que le permiten su estado real y su encumbrada gerarquía.

Nuestro querido Monarca es un verdadero jefe de Estado. Así deben ser los superiores.

¡Viva el Rey Alfonso XIII!

«Eco del Segura» pone a los pies del ilustrado Soberano el más sincero de los afectos y el más acendrado de los respetos monárquicos.

R. M.^a CAPDEVILA

SONETOS

EL ROSARIO

De las divinas manos de María,
cual prendas de su amor las más preciosas,
para hacer nuestras vidas venturosas,
Domingo de Guzmán lo obtuvo un día.

Cesaron el error y la herejía,
por él, en sus empresas tenebrosas;
y en el mundo quedaron victoriosas
las verdades que Cristo nos envía.

Es remedio eficaz de nuestros males;
tesoro inagotable y relicario
do se encierran las gracias celestiales.

¡Mal que pese al espíritu saotario,
para la salvación de los mortales
es áncora el Santísimo Rosario!

* *

EL CATECISMO

Cual Cólago inmortal, en sus locuciones
vierte a la Humanidad la Ley divina,
de Cristo y de su Iglesia la Doctrina,
con sus dulces y santas recreaciones.

El aviva la fé en los corazones,
y hacia Dios nuestros pasos encamina;
es luz esplendorosa, que ilumina
a individuos, a pueblos y naciones.

De la vida eterna marca el sendero;
infunde la virtud y el heroísmo,
y nos lleva al progreso verdadero.

¡Del mundo universal el organismo
su más fiel y más sabio consejero
encuentra en el Cristiano Catecismo!

J. ANTONIO ARNALDOS

¡Pobre niña!

A la una de la tarde, los días laborables, siempre hay en mi calle gran animación.

La transitan numerosos estudiantes, que concluyen las ordinarias tareas académicas y preciosas molistillas que dejan el taller por horas, para volver después de satisfacer la natural necesidad de sustento, a emprender nuevamente los quehaceres respectivos.

Cuando mis ocupaciones lo permitían, gustoso me asomaba al balcón para observar la dichosa juventud que pasaba contenta con el orgullo propio del trabajo.

Entre las innumerables personas que a esas horas circulaban, llamó mi atención una chiquilla lindísima, al parecer de corta edad, tendría unos 18 años; negros y rasgados sus ojos, nariz circasiana, sus dientes tan finos y pequeños que bien pudieran compararse a una sarta de puntas de brillantes, sus labios carmíneos, sus mejillas dos robas, su cara oval, adornaba su barbilla un hermoso hoyito, su cabello era ri-

